

ACTITUD FRENTE AL CUERPO

Ha cambiado la actitud, del hombre y de la mujer, respecto a su propio cuerpo y al de los demás. La ducha diaria, la dieta, la gimnasia, el deporte, la preocupación por el "body building" y la "fitness", los nuevos materiales textiles, la calefacción y el aire acondicionado nos han hecho mas libres, mas espontáneos, mas independientes de las condiciones climáticas, mas comunicativos. Cierta tipo de "pudor" ha desaparecido.

Esta mayor libertad del cuerpo repercute necesariamente sobre el manejo del sexo. La actividad sexual se controla como se controlan el comer o el beber, por razones de higiene o de dignidad. Pero la relación sexual ha perdido status: se ha banarizado. No requiere como antes la constitución previa de una familia, la disposición a tener hijos; ni siquiera un amor estable entre los que forman pareja. Basta el mutuo deseo y consentimiento y un cierto sentido de respeto y de responsabilidad. Los anticonceptivos, desde luego, eliminan en gran parte el problema de los hijos: no habrá hijos mientras la pareja no los desee. El divorcio civil actualmente en estudio o la separación aceptada, o simplemente la vida en pareja "así no mas" facilitan la precariedad de la unión conyugal: ésta durará mientras funcione bien para ambos.

Se ha debilitado la capacidad de comprometerse; de optar por algo, excluyendo todo lo demás. Nadie quiere renunciar a otras posibilidades, a oportunidades que pudieran presentarse. El estudiante vacila en elegir una carrera. Cambia a menudo de escuela. Congela sus estudios para viajar, conocer el mundo, ver otras realidades, sumirse en otras culturas. El joven profesional aspira a seguir estudiando, a sacar un "master" o un "doctorado" donde sea y en lo que sea. Teme ingresar al mundo del trabajo, asumir obligaciones, iniciar una "carrera". Teme al matrimonio, elegir una esposa para siempre, formar un hogar que coartará su libertad, asumir funciones de padre -o de madre- dejar de ser joven, libre, abierto a todo, disponible para todo.

Esto se observa también en la vida religiosa y sacerdotal. No es que no atraiga. Pero la idea de que ha de ser "para siempre", que implica renunciar a otras posibilidades, perder

libertad, autonomía inhibe a muchos.

Los grandes deportistas, los virtuosos, los sabios siguen siendo hombres y mujeres dedicados; sin un entrenamiento que comienza casi en la niñez, sin una concentración de toda la vida y de todo el ser en la meta propuesta; sin la renuncia a todo lo demás; o sea sin una opción clara, decidida, irrevocable, no se suele llegar muy lejos. Pero este ejemplo que dan los Marcelo Ríos, los Claudio Arrau o los Hawkins es mas admirado que seguido.

El hombre y la mujer de hoy tienden a desolidarizarse de los demás. El acento está puesto en uno mismo: mi salud, mi aspecto físico, mi situación económica, social y profesional, mi auto, mi casa, mis hobbies, mi pareja y, si la tengo, mi familia. Los demás, que hagan como yo: que se las arreglen por sí mismos. esto no excluye una ocasional ayuda ante una catástrofe que nos conmueva; o una participación habitual en alguna obra con la cual simpatizo: pero limitada, un deber que se cumple no una pasión por ayudar, por servir, ni siquiera una verdadera compasión por los que sufren. Cada cual con lo suyo.

Esto se expresa también en un desinterés por la política, al menos por la política en cuanto busca el bien comun de todos. La política solo me interesa en cuanto defiende o promueve lo que a mí me sirve, o lo estorba.

Este individualismo no excluye el tener y compartir hobbies: el golf, la buena mesa o una experiencia religiosa. Pero son compromisos limitados, revocables, casi anónimos: me junto con mis amigos para eso pero nada más.

Se ha hablado de cultura del narcisismo; de la era del vacío y del imperio de lo efímero; del hombre o de la mujer "light".

Esto que hemos descrito es mas bien el mundo de los ricos, quizás especialmente el de los "nuevos" ricos. Pero tiene un equivalente en el mundo de los que aspiran a ser ricos. Se invierte desproporcionadamente en la apariencia: no solo la vestimenta o el estilo de vida según la moda; también en el moldeo del propio cuerpo, desde los cosméticos hasta la cirugía estética. Y también en capacitación, en adquirir profesiones que nos abran las puertas de ese

mundo fascinante de la riqueza, del lujo, de la fama. Algunos buscan por el lado del deporte; otros por la televisión o el espectáculo; o el mundo de las empresas y de la economía. Pero hay que estar allí, allí donde pasan cosas, cosas que salen en los diarios y revistas o se ven en la pantalla. No hay que perderse el "evento". Lo demás es opaco, fome, latoso.

La preocupación por uno mismo no excluye los buenos modales, la gentileza del trato. Casi diría que los incluye. La publicidad comercial usa a menudo el tema de la familia unida, la pareja afectuosa entre sí y con los niños; los niños limpiécitos y que se portan bien y gozan con lo que la mamá les compra o les sirve. Abundan las secretarias gentiles y amables, las recepcionistas y las azafatas sonrientes y atentas, las telefonistas que hacen sentirse bien el interlocutor tratándolo por su nombre y agregándole el "don"; pero todo eso se acaba cuando termina la función, cuando no entra en el contrato, cuando queda afuera del sueldo. Y algo parecido se da en los animadores de la televisión, en los hombres del espectáculo y en los vendedores. Hay que reconocer que esa gentileza en los modales va penetrando poco a poco la vida familiar, la vida del vecindario, las relaciones humanas a distintos niveles y contribuye a mejorar la calidad de la vida.